

El personaje invitado: Gene Díaz, rebelde sin pausa

Carlos Alberto Martínez Mendoza*

La profesora Gene Díaz ha estado de nuevo en Colombia; esta vez en Bogotá para compartir, repartir e impartir su experiencia de maestra creativa y de creatividad. Hemos conversado con ella, y asimismo conservado gran parte de sus confidencias de una noche, rodeados de obras de arte y utensilios delicados, mientras un piano perezoso dejaba caer una a una las notas de viejas canciones francesas, de esas mismas que aún es posible escuchar en un bar del quartier latin mientras la Tour Eiffel se encoge, como una jirafa sedienta, para beber del Sena iluminado.

Gene Díaz es una mujer especial; amante de la vida; viajera empedernida, una gringa alta y espigada, de cabellos cortos que ya anuncian una bien ganada cosecha de canas; habla con franqueza, sin afectación, y parece que desde siempre hubiésemos estado en el círculo de sus amistades más estrechas. Porque se explaya, se da, se prodiga, con la llaneza del agua fresca y sana, como el pan y el aceite, la luz y el fuego. Ha viajado por la mayor parte del territorio de la Unión, desde que tenía escasos años de vida; eso de hacer maletas y deshacerlas al cabo de unos días es moneda corriente para Gene. Tiene mañas de *hippie* y *globe-trotter*, va y viene, y en ese salir y llegar ha construido una heurística muy suya, es decir, una técnica y una herramienta para resolver problemas, para educar y entretener, porque Gene, ante todo y por encima de todo, le gusta divertirse y divertirse, buscar más que hallar y preguntar más que responder. Empatiza de buenas a primeras, siempre a las buenas, como tiene que ser, sin forzar las emergencias. Gene vino a este mundo a jugar, a reír, aunque ha sufrido la pérdida y ha visto partir a seres queridos. Tiene razones para amar a este país del Sagrado Corazón de Jesús, pues se casó con un joven diplomático colombiano natural de Cúcuta, Pedro León Díaz. A quince mil pies de altura, Gene puso sus ojos en Pedro León, y Pedro León, fiel a su segundo nombre, hundió las zarpas del amor en la humanidad de Gene, y las vidas de ambos fueron una sola vida hasta una tarde malhadada en que Pedro León muere en un accidente aéreo. Fueron dolorosos esos días, al cuidado de dos chiquitos que hoy son padres y que le han dado a Gene otras nuevas razones para seguir su larga marcha por estos caminos del buen Dios.

Escuchen a Gene...

“Nací en el Hospital de Mujeres de Columbia, en el distrito de Columbia, un 20 de julio... Casada con colombiano...” Después, mientras saborea un café cargado, Gene habla de las maestras que más admira y en su boca se hace el nombre de Maxine Greene, “profesora, filósofa también como Dewey, quien ha ejercido un gran influjo en mí... Ha creado el Instituto de la Imaginación Social en la Universidad de Columbia (Nueva York). También profesora en el Lincoln Center Institute for the Arts in Education por más de veinte años”.

El nombre de Maxine Green es sagrado; nacida en 1917, la profesora Greene ha ejercido una influencia magnífica, que ojalá persista por muchos años, en la juventud estadounidense, sobre todo en los jóvenes educadores. Su dilatada vida, como la de John Dewey (pronúnciese aproximadamente “Dui”; Gene sabrá agradecerémoslo), le ha permitido dejar un hermoso legado en los campos de la pedagogía de la creatividad y en la filosofía de la educación.

Existe un libro clásico de la profesora Greene, libro de cabecera de Gene, *Liberar la imaginación: ensayos sobre educación, arte y cambio social*. Se trata de una continuidad significativa, con otros énfasis, como es natural, de la obra clásica de Dewey, *El arte como experiencia*. A lo largo del libro, la profesora Greene explica tres grandes ideas:

1. El trabajo docente no puede limitarse a la reproducción de un programa, sino que debe ser reinventado cada vez frente a los alumnos.
2. El desarrollo profesional de alguien vinculado con la educación es un proceso constante de búsqueda, y más que dar respuestas, los maestros se interrogan a sí mismos e interrogan a los demás.
3. El mundo es un misterio, y el ir descubriéndolo es un placer incomparable.

Es apenas comprensible que estas sugerencias de la doctora Greene hayan ejercido una influencia tan profunda, afectiva y permanente en la joven Gene y en

* Escritor y periodista.

la mujer que treinta años después se sienta con nosotros y habla con gratitud de su maestra.

Volvamos a Gene...

“Mi padre fue aviador de la Marina de Estados Unidos, y cada dos años cambiaba de casa, de ciudad, de estado. Estuve en Hawái, el más joven de los Estados de la Unión, centro del archipiélago del mismo nombre, capital Honolulu... Desde siempre, por tanto, estuve adaptándome en diversas culturas. Esa infancia, hasta la adolescencia inclusive (18 años), fue activa y variada... El mayor cambio fue cuando nos trasladamos al estado de Hawái, porque hay gente de muchas partes del Pacífico; ahí entendí lo que quería decir “mestizo”: mitad blanco, mitad negro, color café con leche. Yo estaba por los 12 y ahí estuvimos hasta los 15. Y después me trasladé a California y fui la primera mujer en practicar *surfismo*, algo exclusivamente de machos en ese tiempo. Entré a la Universidad de Lousiana, y comencé Ingeniería Eléctrica y después seguí en la Universidad Estatal de San Diego, una universidad pontificia. Durante dos años trabajé en eso, diseñando el suministro de la energía eléctrica. Rápidamente me aburrí con los ingenieros; aprendí a hablar español, porque quería un trabajo de azafata. En realidad, quería que me pagaran por viajar. Trabajé en la Panamerican y fue allí donde conocí a mi futuro marido. Me casé, en Washington, con Pedro León Díaz, colombiano, nortesantandereano, economista. Hijos: Andrea Tanía (*Tanía* es una expresión quechua que significa lluvia) y Juan Sebastián. Tres nietos.”

La pedagogía como arte

“Toda la vida he pintado, dibujado... La Ingeniería fue como por complacer a mis papás. Una vez casada, empecé a estudiar pintura (años finales de los setenta y comienzos de los ochenta), en Lima, Guatemala, Washington, Bogotá... Hice grabados, y cuando Pedro sale de la diplomacia, yo dirijo una galería llamada Galería Círculo (100 con 15), porque era del Círculo de Lectores. A la vuelta de la cuadra, teníamos una taberna, se llamaba Johann Sebastian Beer, que nada tenía que ver con Alemania y fue la primera taberna exclusiva para estudiantes universitarios, artistas, intelectuales, bohemios en toda la línea. En la Galería y en la taberna colgaba mis cuadros... Era realista y aún más: hiperrealista, y me impactaban los edificios y las iglesias...”

Nunca fui abstracta...

Fue un capítulo; después de la muerte trágica de Pedro, en un accidente aéreo, saliendo de Cúcuta hacia Barranquilla, las cosas toman otro giro... “Trabajaba Pedro por ese tiempo con la Gobernación de Norte de Santander. Debí entonces trabajar en algo “serio”, pues con pintura no se gana la vida. El niño tenía 12 y la niña 15. Nos quedamos

en Cúcuta un año y medio y trabajo en el Colegio Santo Ángel, como profesora de inglés... Fue allí donde empecé a integrar las artes a la enseñanza: música, poesía, bailes... Y todo ello relacionado con la enseñanza y el aprendizaje del inglés. Después viajamos a Estados Unidos, pues el abogado que había tomado el pleito contra la aerolínea, nos sugirió que estuviéramos en Washington... Hice entonces una licenciatura para estudiar Matemáticas, pero dado mi pregrado en ingeniería, resolví mejor hacer una maestría y después un Doctorado en la Universidad de Nueva Orleans. Aquí me encarrilo definitivamente en el fomento de la creatividad. Interesada como estaba en la crianza y en el estudio de mis hijos, yo estuve siempre en los diversos colegios donde ellos estudiaban... Cuando estudiaba el doctorado, comprendí que la intuición es la clave. Para mí Nueva Orleans fue una experiencia fabulosa, porque donde tomaba clases estaba justo al frente a la Facultad de Música, y arreglaba tener clases los miércoles para escuchar jazz, y a gente famosa como los Marsalis... Incluso mi tesis fue en una escuela de Artes donde tocaba el más joven de los Marsalis, el percusionista... Me gusta el jazz progresivista, el *latin jazz*...”

Ahora que se posan en estas páginas las notas de la trompeta de Wynton y el saxo de Branford, vale la pena decirles que la familia Marsalis, ilustres habitantes de Nueva Orleans, sigue bajo la tutoría del padre, Ellis Marsalis, gran pianista de jazz; el mayor de la tribu, Wynton es un genio de la trompeta, heredero de Armstrong y par de ese pájaro nocturno llamado Miles Davis; Branford es el saxofonista de la familia, así como Delfeayo es el arreglista y trombonista. El último, a quien le cupo, para su felicidad y la nuestra, conocer a Gene en esos años maravillosos de Nueva Orleans, lleva el nombre de Jason, virtuoso de la percusión. Esta familia, así como el viejo Armstrong, llamado “boca de sapo”, y el legendario Jelly Roll Morton, el genial pianista de los lupanares de Nueva Orleans y quien se jactaba de haber sido el inventor del jazz, está de cuerpo entero en la historia-leyenda del jazz. El fantasma de Jelly Roll Morton anima un rincón del lupanar de Storyville, recreado en el filme de Louis Malle, *Pretty baby* (1978), protagonizada por Brooke Shields (Violet), de solo 13 años de edad.

“Allí en Nueva Orleans demoro tres años y medio, y después busco trabajo. Me inicio en la investigación cualitativa. Cerca de la Universidad de Nueva Orleans, existe una institución estatal, aún una institución segregacionista, y allí trabajo, y me vinculo un año con el Gobierno Federal, pero no me entendí con las directivas y debí renunciar. Consultando empleos en línea, me entero de una oportunidad en Cambridge (Massachusetts). Después vino la beca Fullbrighth, y estoy en Medellín (Universidad de Antioquia) y me dedico a aprender el español académico que es bien distinto del español ordinario, de uso ordinario”.

John Dewey (pronúnciese “Duf”).

Todo comenzó en el Colegio de Profesores de la Universidad de Columbia... Aquí el joven filósofo John Dewey, padre del pragmatismo, inicia con pie derecho su larga e intensa singladura por los predios encantados de la educación. Había nacido en 1859 y estaría en la Tierra, viajando por numerosos países, exactamente 93 años. Dewey moriría en Nueva York, cubierto de gloria bien merecida, en el verano de 1952, y por ello conmemoramos los 60 de su deceso en el pasado 2012, año del apocalipsis.

Podemos afirmar que John Dewey y Maxine Greene constituyen las dos influencias supremas de la profesora Gene Díaz.

La pedagogía de Gene ya tiene voz propia; desde su tesis doctoral, en la cual se pregunta por la pertinencia de la educación artística, por esencia subversiva, en el contexto educativo, vocacionalmente conservador, la profesora estadounidense viene indagando y profundizando en la mejor forma de incorporar a los artistas a la escuela y recíprocamente cómo la escuela se hace menos rígida, menos tributaria del *statu quo*. Está convencida por sí misma de que la educación artística y el arte mejoran la educación, inclusive mejoran la escuela como institución, pero existen muchos obstáculos que se interponen en el camino y terminan por frustrar los esfuerzos de los artistas y profesores de artes. Y no solo el arte y la educación artística mejoran la escuela y a los escolares, sino que también contribuyen a la formación de un mejor ser humano.

En el contexto escolar, el artista-profesor, el educador-artista o de artes, debe capotear muchos problemas y aprender a nadar en dos aguas, que tienen la naturaleza del mar y el río o, peor aún, del agua y el aceite.

La escuela, afirma Gene, está excesivamente ritualizada; el profesor dilapida mucho tiempo diligenciando formularios, controlando la asistencia, controlando a los estudiantes, manteniendo el orden, sofocando incendios, como juez de paz, como palabrero, como mediador en numerosísimos conflictos, porque el ámbito escolar es conflictivo en grado sumo.

La formación artística, sigue afirmando Gene, fomenta el espíritu creativo, que es inconforme por excelencia. En la educación artística no hay caminos prefijados, ni logros preestablecidos, ni se pretende que todos lleguen a la misma meta siguiendo el mismo sendero. Cada cual elige o descubre su propio camino y lo hace de conformidad con sus demandas más íntimas. La clase de artes no puede ser una clase convencional, es, ante todo, una *experiencia*. Pero Gene ha querido sugerir unas pautas para crear un ambiente creativo, y comienza

por señalar la libertad y el hecho de asegurarles a los estudiantes que la exploración no les hará daño. ...

Otras influencias

Gene no duda en señalar entre sus influencias, aparte de Dewey y Maxine Greene, al pensador alemán Herbert Marcuse, al ruso Lev Semionovich Vigotsky (pronúnciese Uigotski) y Alexander S. Neill, y algunos de reciente incorporación como la profesora italiana invitada a la Universidad de Lesley (Boston), formada en la experiencia de los *asili nido* de Reggio Emilia (Italia), doña Lella Gandini. Vale la pena recordar que estos jardines de infancia de Reggio Emilia fueron contruidos una vez finaliza la Segunda Guerra Mundial. Fue su animador, el educador comunista Loris Malaguzzi (1920-1994) y quien se inspirara en las ideas de Dewey y la doctora María Montessori. Malaguzzi contó desde el inicio con la ayuda y la colaboración hasta su muerte del escritor Gianni Rodari, quien gracias a su trabajo con los niños de los diversos *asili nido* de Reggio Emilia pudo escribir su obra *Gramática de la fantasía*. No huelga decir que Malaguzzi y Rodari eran comunistas de fantasía, amantes de los niños y de mentalidad abierta a todos los vientos y tiempos. Entre las lecturas asiduas e inspiraciones cotidianas de ambos amigos aparecen nombres como Piaget, Paul Éluard, André Breton, Max Ernst, Paul Klee, Pablo Ruiz Picasso, el reverendo Lewis Carrol, John Dewey, Lev Vygotsky, Vladimir Propp, Piet Mondrian y Joan Miró. Las escuelas, no sobra decirlo, están decoradas con obras de esos genios de la pintura. Salvador Allende, Pablo Picasso y Peter Pan, así como el mismo Rodari, nombran algunos de los asilos, que son como jardines de infancia donde la fantasía y la imaginación anidan, empollan y aletean en cada rincón.

La profesora Lella Gandini trabaja en estos *asili nido* y se dedica a divulgar los avances de esta experiencia *sui generis* en todo el mundo.

Un violinista en el tejado

Ya para terminar, y en un recodo de la conversación, surge el nombre de Stephen Nachmanovitch, conocido de Gene Díaz y con quien ha compartido sus intuiciones más arriesgadas sobre el *Free play*. Nachmanovitch, violinista, psicólogo, improvisador, historiador, fue amigo del gran violinista de raíces hebreas Yehudi Menuhin y del no menos genial pianista y compositor, sobre todo improvisador, Keith Jarrett.

Es autor de un libro imprescindible *Free play: la importancia de la improvisación en la vida y en el arte*, publicado en español por Planeta, sucursal de Buenos Aires, en la serie Nueva Conciencia. Cito dos comentarios de la contraportada:

El primero lo suscribe Menuhin: “Este es un libro fascinante y de enorme valor. Debería ser leído en todas las escuelas, fábricas, oficinas, universidades y hospitales, en mi opinión”.

El segundo comentario lo suscribe Jarret: “Nachmanovitch ha escrito el libro más importante que he leído sobre improvisación”.

Gene es una improvisadora. Su vida es una permanente y entusiasta improvisación. Lleva el genio del jazz en sus células. No en vano tuvo la suerte, mil veces envidiada, de escuchar durante muchos meses seguidos

la batería de Jason Marsalis y caminar las noches de Nueva Orleans evocando la trompeta de Armstrong y el piano de Jelly Roll Morton.

Ahora que no está físicamente entre nosotros, nos conformamos con escuchar su voz y leer su palabra, siempre fresca, y la bebemos a pequeños sorbos como se bebe el buen coñac y la cerveza negra que solía ofrecer a los artistas y habitantes de la noche en su taberna Johann Sebastian Beer del norte bogotano en otros tiempos, bellos tiempos, cuando el amor y la vida se le daban a manos llenas.